

Un mensaje impreciso

Cayatte, hombre de izquierdas, como la mayor parte de los realizadores cinematográficos franceses, asume el papel de "defensor de los derechos de la persona humana" contra "la burguesía, el capitalismo, el imperialismo, etc.". Pero esta defensa reviste un carácter crítico puramente negativo, sin ningún atisbo de esperanza patente. Simple negación, en contraste con el valor que pretende atribuir a la persona humana.

Para este año 1954 André-Jean Cayatte prepara su cuarta bomba: *Para el bien y para el mal* (*Pour le meilleur et pour le pire*), en la que verá, a su modo, el problema del divorcio.

Con esta nueva obra podrá ir avanzando en su postura nihilista hasta desembocar en *El infierno son los otros*, sartiano, o dar marcha atrás no sólo planteando problemas, que por otra parte todo el mundo conoce, sino ofreciendo soluciones. Estas soluciones fueron dictadas ya hace veinte siglos y están en un código universal, que Cayatte no podrá entender mientras se mueva en un plano puramente humanístico o de simple filantropía de andar por casa.

ESTEBAN FARRE GUAL

LIBROS

UN INGENIERO DE DIOS: ISIDORO ZORZANO LEDESMA (1)

A los diez años de su muerte, el héroe de esta biografía de Daniel Sargent ejerce tan profunda impresión sobre la mente del autor, que éste no vacila en presentarlo a sus contemporáneos como un modelo que imitar, como la encarnación de un ideal de vida, como una imagen inolvidable para quienes han tomado con ella algún contacto. Pero el héroe de esta biografía no fué una de esas grandes figuras del mundo de la Política, de la Ciencia o del Arte que acaparan la atención de los hombres de su tiempo y los titulares de la primera plana de los periódicos. En vida, Isidoro Zorzano Ledesma sólo era conocido en los relativamente reducidos círculos de sus compañeros de trabajo y apostolado, de sus amistades personales y familiares. Murió joven —cuarenta años—, sin tiempo apenas para realizar ninguna tarea especialmente notable. Fué toda su vida un buen estudiante primero, y un buen ingeniero después. Pero a los cinco años de su muerte, en 1948, el Obispo de Madrid-Alcalá abría el proceso informativo sobre las virtudes heroicas de Isidoro Zorzano Ledesma, ingeniero industrial y miembro del Opus Dei: este proceso puede algún día conducirle a los altares.

Lo que ha atraído de manera tan poderosa e irresistible la atención del conocido escritor norteamericano Daniel Sargent, no es el hecho de que uno de nuestros contemporáneos, que vestía como nosotros y vivía, poco más o menos, como nosotros y era, además, ingeniero, pueda ser un día proclamado santo, sino el camino que siguió Isidoro para alcanzar la santidad. Isidoro vivió vida de perfección en medio del mundo, permaneció en el mundo sin retirarse al claustro y trabajando como ingeniero en los sucesivos puestos que fué ocupando en los Ferrocarriles Españoles. Sargent busca precedentes en la hagiografía y halla santos que ejercieron profesiones mundanas,

(1) SARGENT, DANIEL: *God's Engineer*. Scepter. Chicago, 1954. 192 págs.

como aquel bretón de la Edad Media, San Ivo, o Tomás Moro, juristas ambos. Los dos fueron profesionales y santos, pero ninguno de ellos se hizo santo específicamente mediante el ejercicio de su trabajo profesional, ni fueron por este motivo elevados a los altares. Tomás Moro fué mártir. Ivo de Bretaña abandonó el Derecho, se hizo sacerdote y desempeñó la cura de almas durante veinte años, hasta su muerte. Isidoro Zorzano fué, por el contrario, un ingeniero que ejerció su carrera ininterrumpidamente, hasta que una enfermedad incurable le retuvo en el lecho, meses antes de su muerte. Es por ello su vida un vibrante desafío dejado a los hombres de este siglo y de los venideros que cultivan las profesiones seculares y son cristianos, y sienten alguna vez en sus conciencias la voz que los invita a no ser sencillamente unos cristianos mediocres.

Daniel Sargent es un norteamericano, buen escritor y profesor, con varios libros en su haber, entre los que se cuenta una excepcional biografía de Tomás Moro, y uno de estos magníficos convertidos que enriquecen la vida de la Iglesia al llegar a ella con todo el entusiasmo de sus ojos limpios y el más ardiente celo por traer a los demás a la felicidad que ellos disfrutaban en el seno del Catolicismo. La fama de Isidoro fué quien le trajo a España por dos veces para estudiarla a fondo, conocer el ambiente en que se había movido la figura excepcional del joven ingeniero, visitar las ciudades en que Isidoro había vivido y los lugares en que trabajó, viajar en los trenes en que había viajado Isidoro y conocer a los que le habían conocido y habían sido sus amigos, y podían, por tanto, referir cosas de su vida.

Sargent no ha escrito una detallada y minuciosa biografía de Isidoro Zorzano, entre otras cosas, porque hoy, a tan poca distancia de su muerte, viviendo tantos que le conocieron y no han contado todos los recuerdos que de él tienen, no era posible, ni tal vez siquiera interesante, hacerla. Pero Sargent ha cuidado con tan escrupulosa atención la documentación de los hechos que cita, de las palabras que refiere y las fechas que da, que su libro ha de ser siempre el punto de partida de cualquier biografía de Isidoro que en los años futuros alguien se lance a intentar. Sargent cuenta la historia de su héroe desde un día de otoño de 1927, en que, recién graduado en la Escuela de Ingenieros Industriales de Madrid, llega a Cádiz, para trabajar en el ferrocarril de los astilleros de Matagorda, hasta el 15 de julio de 1943, cuando moría en un sanatorio madrileño, al cabo de

unos meses de forzada inmovilidad y de haber sobrellevado con imperturbable paz y alegría los dolores de una dura e incurable enfermedad, que los médicos llaman Hodgkins. Y aun después, porque a la historia de Isidoro, como biógrafo cuidadoso y puntual, añade Sargent lo que podría algún día ser el primer capítulo del libro que se escribía sobre la historia de su fama.

En toda biografía hay un momento central, que determina la vida del protagonista. El acierto del biógrafo está de ordinario en saber hacer de ese pasaje el eje en torno al cual gire todo el libro. Para Isidoro Zorzano, que era entonces un joven ingeniero de los Ferrocarriles Andaluces, este día, clave de su vida, fué el 24 de agosto de 1930, cuando, después de una conversación con monseñor Escrivá, antiguo amigo suyo de los días de Logroño y fundador del Opus Dei, decide unirse a este Instituto. Isidoro tiene desde entonces claramente trazado un camino, que es el que le llevará a la meta de su vida. El, que había aspirado siempre a ser un buen ingeniero y, además, un buen cristiano, descubre ahora que, conforme al espíritu del Opus Dei, podrá, efectivamente, ser un buen profesional y además un santo. Una superación del antiguo objetivo de todas sus ilusiones. Porque, como acertadamente destaca Sargent, este espíritu del Opus Dei es el que en adelante inspirará toda la vida de Isidoro: lo aprende en un contacto frecuente —heroico, por el esfuerzo de unos constantes viajes de Málaga a Madrid, repetidos todos los meses durante años, sin interrumpir nunca su trabajo— con el fundador y con los otros miembros del joven Instituto. Lo vive en todas sus actividades, profesionales y apostólicas, calladamente, sin que trascienda a los que con él tratan nada más que el constante progreso espiritual y humano de quien por vocación está consagrado a los demás. Isidoro comprende ahora que su vida tiene un sentido pleno y nuevo, y que no van por caminos dispares sus deseos de santidad y su trabajo entre las locomotoras del depósito de material rodante del Ferrocarril de Málaga, sus clases en la Escuela de Trabajo de esta ciudad y su directa y constante labor de apostolado personal. Haciendo su trabajo y por medio de él, es como Isidoro, miembro del Opus Dei, ha de recorrer un camino que conduce con seguridad y sin vacilaciones a que, a los pocos años de su muerte, su vida sea considerada como ejemplar y la Iglesia estudie la posibilidad de incluirle un día en el catálogo de sus santos.

La guerra de España, que puso a prueba la fortaleza de Isidoro en un Madrid asediado y hosco, por el que circulaba casi

milagrosamente protegido por un brazalete con los colores argentinos, que su nacimiento bonaerense y la buena voluntad de algún funcionario diplomático, había cosido a su manga sin un fundamento legal demasiado consistente. Después de la Liberación, el trabajo oscuro y eficaz, de nuevo en los ferrocarriles y en la administración del Opus Dei. Un día, por fin, fué escogido por Dios para santificar el dolor, clavado durante meses en el lecho, sin esperanzas de curación, con crueles sufrimientos físicos y una serena alegría, que daba la paz a los amigos que acudían a verle y a sus compañeros del Opus Dei, que con solicitud fraternal le asistían día y noche.

Al terminar el libro, a cualquier lector le ocurre como a Sargent, ayudado por la fuerza humana extraordinaria de estos hechos tan sencillos y por el arte narrativa del autor del "Ingeniero de Dios". La imagen de Isidoro Zorzano no se borra ya nunca del espíritu. Su ejemplo es una llamada o un desafío, como prefiere decir Sargent, que se plantea a todos los cristianos. Su voz, queda y estimulante, resuena en la conciencia de los hombres de nuestro siglo, invitándoles a unir los dos planos de lo sobrenatural y lo terreno, que artificialmente ha separado la conciencia moderna, en una unidad de vida, radical, definitiva y llena de esperanza.

ANTONIO FONTÁN

BIBLIOGRAFIA

BOYLAN, EUGENE: *El Amor Supremo*. Patmos, Libros de Espiritualidad. Ediciones Rialp. Madrid, 1954.

Una gratísima impresión ha producido en los medios culturales la noticia de la publicación en español de la obra de Eugene Boylan, *This tremendous Lover*, traducida con el título *El Amor Supremo*. Es éste un libro de espiritualidad que ha superado ampliamente los dos peligros que amenazan a este género de literatura, incluso cuando se trata de obras valiosas: exponer los principios de la vida espiritual en un lenguaje petrificado y "escolar" (aunque exacto, eso sí), que deja completamente frío al lector, o hablar exclusivamente al sentimiento, arrebatándolo quizá, pero sin un recio fondo doctrinal teológico.

Boylan está convencido de la radical importancia de la doctrina, y la da bien clara. "Creemos que el fundamento propio de la devoción es el dogma y que el mejor camino para conducir a los católicos a vivir su vida católica en toda su plenitud es esforzarse en aclararles lo que realmente es un católico y cuáles son los esquemas y principios fundamentales sobre los que se basa la Cristiandad." Pero en *El Amor Supremo*, Boylan no sólo se dirige a nuestra cabeza, como si se tratara de un libro de texto: expone una doctrina que se dirige también al corazón del lector y trata de satisfacer sus necesidades vitales. El estilo directo, la forma sugestiva, el humor incluso, contribuyen a que el libro capte desde el primer momento a quien lo lee, porque produce una gran impresión de realidad.

El libro es, también en otro sentido, profundamente realista. "[La Psicología moderna] ... encuentra, como nosotros, que la fuente de muchos trastornos y angustias mentales se halla en la adaptación incompleta a la realidad. Nuestra discusión (empezando desde el principio de nuestra incorporación a Cristo y nuestra vocación para una eterna misión con El (en el Cielo), conduce a un programa práctico de humildad, caridad y abandono a la voluntad de Dios. Por la humildad uno se acepta a sí mismo con todas sus deficiencias; por la caridad uno se "ajusta" a los otros miembros de la sociedad y vive para ellos, así como para sí mismo; por el abandono se esfuerza en cumplir la tarea que se le ha asignado y en aceptar de buena voluntad todo lo que la Providencia permita que le suceda en la vida."

Dirigido el libro preferentemente al hombre de la calle cristiano, podría sorprendernos que le proponga la meta la cumbre del amor divino. Pero es que el destino del hombre, el Cielo, "supone el perfecto amor de Dios, que debe ser alcanzado en esta vida o en la otra después de la purificación por el fuego del Purgatorio; el modo más fácil es santificarse aquí y ahora": La vida espiritual aparece en el "amor Supremo" como algo positivo y atrayente, que invita a sentirse con fuerzas para empezar la tarea.

J. M. MARTÍNEZ DORAL.